

CAPITULO IX

El archiduque Maximiliano se prepara á desempeñar el papel de emperador de México.—Aprende el español.—El general Almonte en Miramar (enero de 1862).—D. Francisco de Arrangoiz.—Oposición de Inglaterra.—Maximiliano y la familia imperial de Austria.—El archiduque y la archiduquesa en Bruselas y luego en Paris (marzo de 1864).—Primer tratado entre Napoleón III y Maximiliano.—Tratado secreto.—Permanencia en Londres.—Regreso á Viena.—Acta de renuncia.—Indignación de Maximiliano.—Conferencia entre el emperador de Austria y su hermano.—Pacto de familia.—Despedida de los dos hermanos.

Mientras que los franceses guerreaban en México, el archiduque Maximiliano, retirado en Miramar, se preparaba á desempeñar el papel de Emperador.

Su primer cuidado consistió en estudiar la historia de México y de sus revoluciones en la notable obra de Lucas Alamán y en aprender el español, lengua de sus futuros súbditos. Luego había tratado de atraerse á los mexicanos de alguna notoriedad ó de algún mérito, que se encontraban en Europa. Se esforzaba en ganar sus simpatías acogiéndoles de manera seductora, y al mismo tiempo no perdía oportunidad de instruirse con

ellos acerca de las costumbres, los usos, los recursos del país, su porvenir posible, etc.

Después del señor Gutiérrez Estrada, el Archiduque había recibido, en enero de 1862, al general Almonte. Había también llamado á Miramar á monseñor Labastida, al arzobispo de Michoacán, al obispo de Oaxaca, al general Adrián Woll, al señor Hidalgo, etc. Consultó á estos personajes y fué la desgracia que todos, quien más quien menos, presentaron al futuro soberano, en lugar de la verdad completa, ese pedazo de verdad que cada hombre posee particularmente, porque está acostumbrado á contemplarlo especialmente. Hubiera querido conocer la opinión del país respecto de esos personajes y su partido: no pudo conocer sino la opinión de los mismos personajes acerca del país.

Estas conversaciones con las notabilidades del partido reaccionario contribuían por manera poderosa á mantenerle en su ensueño de imperio mexicano, de tal suerte que nada parecía capaz de apartarle de él. La prueba de ello vino á tenerse en el mes de febrero de 1863, cuando, por haber derribado los helenos á su rey Othón, la reina Victoria y lord Palmerston, que no veían con buenos ojos los proyectos de Francia respecto del Archiduque, hicieron ofrecer á éste la corona de Grecia, por conducto de su suegro, el rey Leopoldo I. Maximiliano, invocando los compromisos contraídos, rehusó. Síguese de aquí que, si en esa época, anterior al segundo sitio de Puebla, no estaba él decidido todavía á aceptar de-

definitivamente las proposiciones francesas, por lo menos aun no estaba resuelto á renunciar á ellas.

Habia comprendido qué cosa era lo que se ocultaba tras la brillante oferta de Inglaterra y pensó desde entonces en dulcificar, ya que no en destruir, esta sorda hostilidad de una gran potencia. Para ello necesitaba de un hombre hábil, de un experto diplomático, que pudiera defender su causa ante el gabinete británico. Se fijó en el señor de Arrangoiz.

Este personaje, muy capaz y muy inteligente, se encontraba en Europa por consecuencia de una desagradable aventura que le obligara á salir de su país.

Encargado de vender en los Estados Unidos un territorio fronterizo, había conservado en su poder, de la suma que le pagaran, \$ 68,000 (340,000 francos), sea á título de comisión, sea so pretexto de sueldos atrasados. Como un día le reprocharan semejante hecho, respondió con desenvoltura: *Eso es una gota de agua*. Desde entonces, esa frase quedó adherida á su nombre.

A pesar de ese recuerdo, el Archiduque le confió el encargo de ver á lord Palmerston. Menos afortunado en esta negociación, el señor de Arrangoiz no logró modificar las resoluciones adoptadas. El ministro inglés le declaró que el gobierno de la Regencia no era más que un gobierno de partido, creado y sostenido por las bayonetas francesas, al que Inglaterra no podría reconocer sino cuando su existencia hubiera sido ratificada por el voto de la nación.

Antes de volver al lado del Archiduque, el señor de Arrangoiz pasó por Biarritz, donde vió al Emperador y llegó á Miramar el 30 de septiembre, ó sea pocos días antes de la llegada de la delegación mexicana. Las noticias que trajo de Inglaterra influyeron en la respuesta que entonces dió Maximiliano (3 de octubre).

Se ha visto de qué suerte el gobierno francés, requerido para el efecto, tomó las medidas necesarias para llegar al resultado de la pacificación de México. Tan pronto como los éxitos del general Bazaine fueron conocidos en París, el Emperador envió en secreto á Miramar, á su ayudante, general Frossard. Tratábase de tomar la posición y de obtener una promesa formal del Archiduque. El enviado de Napoleón III, tuvo esta vez éxito en su misión: Maximiliano le aseguró que se embarcaría para México en todo el mes de marzo. No podía partir antes, porque tenía que arreglar algunos negocios de familia, lo que no dejaba de suscitar dificultades.

Maximiliano, que por el nacimiento era el primero entre los hermanos del emperador de Austria, tenía derechos eventuales á la corona de ese país. ¿Debía renunciar á esos derechos? ¿En qué términos? ¿Temporalmente? ¿Irrevocablemente? Todas estas cuestiones, salvo la primera, provocaban diferencias. Es seguro que el Archiduque, al aceptar el trono de México, no podía al mismo tiempo conservar su título de primer agnado. ¿Pero no estaría esta renuncia subordinada á la efectiva ocupación del trono de México y no

debería Maximiliano recobrar todos sus derechos si algún día dejaba de reinar, como Enrique III, rey de Polonia, que, después de su abdicación, fué rey de Francia?

Objetábase que existía en la casa de Austria una ley de familia que imponía á toda archiduquesa que contrajera matrimonio con un príncipe extranjero, la obligación de firmar una acta renunciando en élla á todos sus derechos. Pero ¿era el caso de asimilar el matrimonio de una archiduquesa, con el hecho, hasta entonces sin precedente, de la aceptación por un archiduque, de una corona extranjera?

La solución de estas cuestiones, que entre príncipes son siempre tan delicadas, se dificultaba más aun con las disposiciones de los interesados. La familia imperial, en efecto, se había opuesto vivamente al proyecto de Maximiliano. Su padre, su madre, se esforzaban con todo empeño en hacérselo abandonar; y el Emperador, si bien le dejaba en libertad para proceder, no le ocultaba su desagrado. De ese modo, cuando el Archiduque y la Archiduquesa se dirigieron á Viena en los primeros días de enero de 1864, hubieron de verificarse largas conferencias entre Francisco José y Maximiliano, á las cuales asistió el ministro de negocios extranjeros, conde de Rechberg. Duraron tales conferencias doce días.

¿Qué pasó en éllas? Se ignora. No fueron conocidas, sino las siguientes palabras dirigidas por el Archiduque al señor de Arrangoiz:

— Todo está arreglado ahora y estoy listo pa-

ra partir, después de haber recibido de nuevo á la diputación. Le encargo que escriba inmediatamente al general Almonte, lo mismo que al P. Miranda.

◦ A pesar de esta afirmación, las cosas no se hallaban tan adelantadas, y, pocos días después, Maximiliano debió volver á Viena, esta vez sin que le acompañara la princesa Carlota. Llena de entusiasmo con su futuro trono, élla no encontraba simpatías en la corte y su presencia constituía más bien un obstáculo para todo arreglo.

◦ Tampoco produjo este segundo viaje el apetecido resultado. Para no envenenar la discusión, Maximiliano prefirió alejarse y encargó al archiduque Carlos Luis, hermano suyo, á quien amaba tiernamente, que continuara en su nombre las negociaciones comenzadas con los tres delegados del Emperador, que lo fueron el archiduque Leopoldo, el barón de Lichtenfelds y el barón de Meysemburg. Declaraba que estaba presto á firmar el abandono de todos sus derechos, pero *para el tiempo que su dinastía reinase en México*; sólo pedía que en el acta se hiciese constar lo espontáneo de su resolución.

Luego se dirigió á Bruselas, á reunirse con la princesa Carlota, que le esperaba allí desde hacía algunos días. Allí tornó á encontrar á los que formaban, por decirlo así, su consejo de ministros, señores Gutiérrez Estrada, Velázquez de León, Arrangoiz, Murphy y coronel Facio. A pesar de este séquito, el menor incidente hacía estallar su impaciencia. Se le había anunciado un

postrer envío de actas de adhesiones de sus futuros súbditos. La caja que las contenía estuvo dos días perdida: se manifestó nervioso y agitado, hasta que la encontraron....

De Bruselas se dirigió á París. Al principio no había tenido intención de hacer este viaje, sino hasta que se arreglasen definitivamente por la vía diplomática las cuestiones todavía pendientes entre el emperador Napoleón III y él. Pero había sabido la penosa impresión causada en el gobierno francés con sus aplazamientos sucesivos: corríale prisa por borrarla y puesto que su partido estaba tomado, debíase á sí mismo y debía al Emperador el ir á dar las gracias á quien le preparara un imperio. ¡Y qué imperio! ¡Aquél que todos se complacían en definir como "un lecho de rosas en una mina de oro!"

El Archiduque y la Archiduquesa llegaron á París el 5 de marzo. Fueron recibidos en seguida en el palacio de las Tullerías y tratados cual soberanos. El Emperador lleno de satisfacción salió al encuentro de sus huéspedes hasta la sexta grada de la gran escalera: abrazó con efusión al Archiduque, estrechó la mano de la archiduquesa Carlota y la dió el brazo para conducirla al salón de la Emperatriz, donde se verificaron las presentaciones.

Nada se descuidó de lo que pudiera realzar el brillo de su recepción. Por la noche dió el Gimnasio la primera representación del "Amigo de las mujeres," de Alejandro Dumas, hijo; asistieron á la pieza en el palco imperial. Los días si-

guientes, la Opera y la Comedia Francesa dieron funciones en su honor. Hubo tres grandes saraos en las Tullerías. El Emperador llevó á Maximiliano á cazar á Versailles: le hicieron visitar nuestros museos, nuestros palacios, de tal suerte que apenas tuvo tiempo para recibir, en los salones de la embajada de Austria, á los mexicanos residentes en París, que solicitaron el honor de serle presentados.

Apareció entre ellos el general González de Mendoza, personaje importante del partido republicano. Siendo segundo del general Ortega, durante la defensa de Puebla, había sido hecho prisionero é internado en Francia. Fué uno de los primeros en dar á sus compatriotas el ejemplo del olvido de las disenciones políticas, adhiriéndose al príncipe que prometía la regeneración de su país.

Felizmente habían sido reservadas las mañanas para las conferencias que el Emperador debía de tener con el Archiduque. Rápidamente se entendieron. Las cuestiones financieras fueron tratadas con M. Fould; las políticas con M. Drouyn de Lhuys. Se elaboraron dos tratados, uno público y otro secreto, á los cuales prestó su aprobación el Archiduque; pero que no habrían de firmarse sino hasta que éste fuese oficialmente proclamado emperador de México.

Haremos un resumen del primero de esos tratados, que es muy extenso para que podamos reproducirlo íntegro. Contenía como cláusulas principales:—1. La reducción del cuerpo expedicio-

nario á 25,000 hombres, comprendiendo en ellos la legión extranjera.—2. Esta queda á la disposición del Emperador de México, durante seis años después de la partida de los franceses; debe ser pagada por el tesoro mexicano.—3. Las ocupaciones y las expediciones militares serán determinadas de común acuerdo por S. M. el Emperador de México y el comandante en jefe del ejército francés.—4. En los puntos en que se encuentren tropas de ambas nacionalidades, la dirección superior pertenecerá al comandante francés.—5. Los gastos de la expedición que debe reembolsar el gobierno mexicano, se fijan en la suma de 270 millones hasta el 1.º de julio de 1864; á partir de esa época, todos los gastos del ejército mexicano serán á cargo de México.—6. El gobierno mexicano pagará á Francia 1,000 francos por hombre anualmente, por las tropas que queden en México.—7. El gobierno mexicano entregará inmediatamente al gobierno francés la suma de 66 millones en títulos del empréstito, al tipo de emisión.—8. El gobierno mexicano se obliga á indemnizar á los súbditos franceses por los perjuicios indebidos que sufrieron y que motivaron la expedición.—9. El gobierno francés pondrá en libertad á todos los mexicanos prisioneros de guerra, tan luego como S. M. el Emperador de México entre en sus estados.

El tratado secreto no contenía sino un preámbulo y tres artículos:

“Deseando S. M. el Emperador de los franceses y S. M. el Emperador de México explicarse

de una manera completa, por medio de cláusulas adicionales á la presente convención, acerca de sus intenciones reciprocas, y hacer constar que, no obstante los acontecimientos que puedan sobrevenir en Europa, no faltará el apoyo de Francia al nuevo imperio.... etc.

“ARTÍCULO PRIMERO.—S. M. el Emperador de México, en virtud de que aprueba los principios y las promesas contenidos en la proclama del general Forey, fechada el 12 de junio de 1863, así como las medidas adoptadas por la Regencia y por el general en jefe del ejército francés, conformes con esa proclama, ha resuelto hacer conocer á su pueblo, por medio de un manifiesto, sus intenciones sobre el particular.

“ARTÍCULO SEGUNDO.—Por su parte, S. M. el Emperador de los franceses declara que el efectivo actual del cuerpo francés, que es de 38,000 hombres, no será reducido sino gradualmente y de año en año, de manera que las tropas que queden en México, comprendiendo la legión extranjera, serán:

“28,000	hombres	en	1865.
“25,000	„	„	1866.
“20,000	„	„	1867.

“ARTÍCULO TERCERO.—Cuando, según los términos del artículo 3 de la Convención, la legión extranjera pase al servicio de México y sea pagada por él, como quiera que continuará sirviendo una causa en la que Francia está interesada, el general y los oficiales que de ella formen par-

te, conservarán su cualidad de franceses y sus derechos al ascenso en el ejército francés, conforme á la ley."

Establecido de ese modo el acuerdo, el Archiduque y la Archiduesa se despidieron el 12 de marzo por la noche del Emperador y de la Emperatriz y, acompañados por el Almirante Jurien de la Graviere y por la condesa de la Poeze, que habían sido adscritos á sus personas durante su permanencia en Francia, se dirigieron á Calais. Desde allí se embarcaron para Inglaterra.

Maximiliano esperaba que su presencia produciría un efecto feliz en las resoluciones del gabinete inglés; pero pronto debió reconocer que la política británica, en la que ninguna influencia exterior hace mella, le era obstinadamente opuesta. A lo sumo, lord Palmerston creyó poder dulcificar la forma de esta persistente hostilidad, y, manteniendo siempre su línea de conducta, aseguró al futuro soberano que el imperio mexicano le sería simpático, cuando fuese un hecho consumado.

Era una concesión bien débil y bien escasa: fué, sin embargo, la única que obtuvo Maximiliano.

Antes de regresar, Maximiliano llevó á cabo con su esposa una piadosa peregrinación.

Existía entonces en tierra inglesa, como ha habido casi siempre, desde que nuestro siglo fecundo en revoluciones parece jugar con los tronos, una reina de Francia desterrada, que era á la vez abuela de la Archiduesa: la reina María Amelia. Maximiliano condujo á la princesa Carlo-

ta á Calremont y los adioses entre la abuela y la nieta fueron conmovedores. Tristes también, porque la que viera con espanto cómo los acontecimientos de 1830 elevaban para élla y para su marido un trono sobre los escombros de otro, la que temblara por la vida de los suyos durante esos diez y ocho años en que las tentativas de asesinato se sucedieron sin interrupción, por así decirlo, la que un huracán popular arrojara de Francia, no podía expulsar de su espíritu los siniestros presentimientos que le acometían al pensar en el porvenir que México reservaba á la joven pareja. . . . Ella bendijo á sus nietos prometiéndoles que rogaría por ellos hasta su postrer instante. . . Murió sin saber que el cielo no la había escuchado. . . .

En Bruselas, donde se detuvieron dos días, Maximiliano y Carlota se ocuparon, con el teniente general, barón Chazal, ministro de la guerra y el teniente general retirado Chapelié, en los medios de reclutar y organizar para México un cuerpo de 2,000 belgas que habria de tomar la denominación de Guardia de la Emperatriz. Finalmente, volvieron á Viena el 19 de marzo.

Esta vez, fueron recibidos con todo el ceremonial que se reserva á los soberanos. Hicieron su visita oficial al Emperador y á la Emperatriz, quienes se la devolvieron una hora más tarde. Los archiduques y todo el cuerpo diplomático vinieron á presentarles sus homenajes. El 21, Francisco José dió un gran banquete de corte en honor de la pareja imperial mexicana y, en la recep-

ción que le siguió, se presentó toda la aristocracia austriaca.

Parecía como si se hubiese querido, con tales honores, con tal consagración oficial de los nuevos soberanos, hacerles menos amarga la renuncia que el Emperador y sus ministros estaban más empeñados que nunca en obtener y de la cual se habían resuelto los términos definitivos. El conde de Rechberg presentó al Archiduque, para su firma, ese documento, al que se dió el nombre de *Pacto de familia*.

Al recibirlo, estalló la indignación de Maximiliano.

En lugar de un acto condicional, consentido de grado y espontáneamente por un príncipe que no podía tener ni la intención ni el pensamiento de reunir nunca en su cabeza dos coronas; pero que, á falta de heredero directo, seguía siendo el primer príncipe de la Casa Imperial de Austria, futuro heredero de la familia de los Hapsburgo, se le pedía el abandono perpetuo é irrevocable de todos sus derechos eventuales, hasta el caso de extinción de todos los varones de la familia.

Despidió al ministro, declarando que jamás firmaría acta semejante; luego pasó á las habitaciones de su madre y se quejó con élla de la afrenta que acababan de hacerle. La archiduquesa Sofía aprobó la negativa de su hijo y los dos se dirigieron inmediatamente en busca del Emperador. Francisco José permaneció inquebrantable: estaba tomada su resolución de no modificar lo que él llamaba una resolución gubernativa y en-

tendía negar el consentimiento que necesitaba su hermano para aceptar una corona extranjera, si éste no se sometía.

Sobreexcitado por la resistencia, Maximiliano exclamó que si se le negaba la autorización, si se le prohibía partir á bordo de una fragata austriaca, con todos los honores debidos á un miembro de la familia imperial, iría á embarcarse á Amberes, en un navio francés.

Calmado pero inflexible, el Emperador respondió que, si semejante escándalo llegaba á producirse, él dirigiría en seguida un mensaje al Parlamento para informarle de que el Archiduque, que de esa suerte abandonaba el Austria sin su autorización, había perdido todos sus derechos de agnado y para pedir que se le borrara de la lista de los príncipes de la familia imperial.

En vano tomara la archiduquesa Sofía el partido de Maximiliano contra Francisco José. Herida en su orgullo por no haber obtenido nada, salió del gabinete del Emperador y abandonó inmediatamente el palacio. Maximiliano y Carlota la siguieron al castillo de Laxembourg. Fué de ese punto de donde, sin escolta alguna, solos, se dirigieron, el 24 por la noche, á la estacioncita de Baden, donde el expreso de Trieste se detuvo para recogerles. El 25, volvían á Miramar.

Estas discusiones, estas internas querellas á las que siguiera una semiruptura, estallaban en instante en que, por desgracia, no podían quedar secretas. Los miembros de la delegación mexicana que habían pasado el invierno en París, llega-